

harapos, y por su chaqueta despedazada se veía el pecho obscuro, cubierto de vello. En su rostro cetrino, cruzado por una cicatriz trágica, brillaba el sudor copiosísimo. Al pasar los jóvenes alzó la cabeza miserable y comenzó un canto extraño con su voz de bronco acento. Era fuego el campo. Las azadas caían á intervalos iguales sobre la tierra, y el distante sonar del agua era como el estertor de una persona que se asfixiase. En la quietud de muerte, los instrumentos campesinos parecían cavar una fosa enorme para un cuerpo donde se hubiese extinguido una vida gigantesca.

II

Al entrar Esteban, las tres hermanas se-nectas moviéronse con un gesto igual en sus rostros enflaquecidos. El joven besó las manos ascéticas que se extendieron hacia él.

—¿Eres tú, hereje?

—¡Hereje!

—No se habló de otra cosa en la ciudad que de tu separación de Luisa.

—¡Si viviese tu madre!

—¡Tu santa madre!

—El señor abad de Santiso no te lo ha de perdonar nunca. El nos habló largamente de tu mujer, bella, joven, guardadora de todos los preceptos del Señor...

—¿Por qué no nos avisaste, Esteban?

Y Esteban contestó á esta rociada con cierto ademán contrito:

—¡Estaba tan lejos, tías!... He querido evitarles el disgusto. Confiaba que todo quedase en secreto.

Don Pedro Soto fumaba en un sillón cercano al de sus tres hermanas, con aire aburrido. Junto á una ventana, la austera figura de Victoria se alzaba, inmóvil desde la entrada de su primo. Lo vió avanzar con cierto rubor en su rostro, empalidecido en las celdas oscuras y en el misterio de los claustros.

—Ya hace años que no nos vemos, prima Victoria. Bienvenida.

—Ya hace años, Esteban.

—Te miro como á una resucitada. ¿No te ciega el sol?... El convento te ha embellecido; tienes un aire más grave y un ademán más lento, pero lo hubieses logrado igual en el pazo, Victoria. Es la majestad de la belleza.

María Carlota intervino:

—No exageres, Esteban; mi hermana no se ha enterrado en esa forma definitiva. No hace un año aún que estuvo en el pazo. Fué cuando enfermó nuestro padre.

—Victoria es una santa. Te canonizarán. Tendrás la advocación de los doloridos, de los faltos de amor.

Y María Carlota repuso con cierta saña de celos:

—Tu mujer cubrirá entonces de flores los

altares de mi hermana, para tenerla propicia.

Victoria habló con un dulce reproche en la voz:

—La has engañado, primo Esteban; has amargado la vida de Luisa, toda virtud.

—No la he engañado. Mientras pude quererla, ha tenido para cada minuto de su vida una sensación de felicidad. Le he dejado un montón de recuerdos de dicha, que son los que endulzan la vejez. Después cayó de mi alma poco á poco, y el contacto de ella me daba una sensación de agotamiento. Vino la ruptura sin violencias. Para dejar morir los comentarios, estoy aquí.

—Eres un pecador.

Y él, con humildad irónica:

—Soy un pecador, prima. El diablo, niño y ciego, se ha apoderado de mí: le he vendido mi alma, alma rebelde que no quiere arrepentirse del pacto. ¡Si quisieses oirme en confesión, prima!... Conozco todos los pecados de amor. Cuando este espíritu extraviado se convierta, deseará la absolución de unas manos blancas y jóvenes como las tuyas: manos de santa. No pueden redimirme otras.

—¡Pobre Luisa! Estás poniendo á tu acción el inri del cinismo. ¡Qué malo eres!

Esteban requirió un aspecto grave.

—No me entenderéis. ¿Es tan enorme escándalo que haya concluído un amor?... Ella y yo enterramos juntos nuestro cariño, sin

violencias, casi sin explicaciones. Apenas esa ligera palidez y esa ronquera suave de los grandes momentos. Un amor más de nuestra vida que pasó, con la fatalidad del amor. ¿Soy culpable?... La bendición del sacerdote no fué conjuro capaz de asegurar la eternidad del cariño. Lo jurado, lo bendito, presentábase como una farsa, pesaba como una condenación. Parecíame que bajo nuestra cama yacía el cadáver de nuestro afecto y que lo escarnecíamos en nuestras noches de esposos. Y así ha ocurrido, Victoria. Mi decisión nos ha libertado; Luisa también es joven...

—¡Luisa! Y piensas... Te ha corrompido la ciudad, Esteban. Esa sola idea que apuntaste debía ser tu retenedora, la consejera de tus actos.

—Sería un egoísta.

—Serías un hombre de bien.

—Si aplicase mis ideas á mi solo beneficio, no tendría disculpa.

—¿La tienes así?

—Me la da mi manera de ser, mi temperamento. Es una pretensión absurda querer dar cabida á todos en un mismo molde. Las leyes serán siempre injustas por esto.

Del sillón donde se acurrucaban las tres viejas hermanas, llegó la voz de una de ellas:

—¿Cuándo vais á ver á Ana Dolores?

Y Victoria contestó:

—Iremos esta tarde.

Don Pedro intervino:

—Que preparen el cochecito. Os llevará Esteban.

La compasión de las hermanas senectas se desbordó al mentar á la joven enferma.

—¡Pobre Ana Dolores!

—¡Tan buena!

—¡Tan inocente del mundo!

—Morirá, la pobre.

—Quién sabe si la hará Dios mil favores. El mundo no tiene más que tentaciones y engaños.

Sobre el coro de voces compasivas se alzó la voz robusta de don Pedro, que gritaba desde el balcón, inclinado hacia fuera el recio tronco:

—¡Martín, Martín, engancha el cochecito!

Dió una hora un reloj, con ese cansado son de los viejos relojes. Las manos de las ancianas se cruzaron con el habitual ademán de la plegaria. Se movieron también en un rezo los labios jugosos de Victoria, tiernos labios que Esteban no concebía besando la frialdad de un Cristo. El bisbiseo de la oración vagó un momento como una mariposa cándida. El sopor religioso del campo lo acogió inmutable. De fuera llegó después el sonar de tristonos cascabeles y la voz de Martín, que perseguía al caballo en el prado, donde triscaba la hierba enraecida.

*
**

¡Cómo corren los álamos! ¡Cómo corren los álamos blancos! Porque es noche de paz, canta escondida la cigarra una soñolienta canción veraniega, y de entre las tejas de una casita humilde, el humo sube perezoso, como si no tuviese fuerzas para separarse del suelo. A veces una ráfaga ligerísima que viene del lado del mar negro, es como un latigazo sobre el campo ó como una voz dada á un durmiente, y las mieses cabecean reverenciosas, y el humo, espantado, se abre y se retuerce.

¡Cómo corren los álamos blancos! El caballito cascabelero pasa como una alegría por el camino, en silencio; las llantas de goma del coche se hunden en el blanco polvo; la luz de los dos faroles ilumina los troncos recios y las copas pobladas, que parecen venir huyendo del recodo obscuro.

En el recodo obscuro hay un aquelarre de sombras; un corte de la montaña lo protege; desde lo sumo, inclina un pino su enorme cabeza, mirando el misterio del fondo. Pero los cascabeles y la luz son como un conjuro milagroso, y las sombras huyen, se empequeñecen, se apelotonan tras una roca que surge en el césped, al pie del corte; como chiquillos que escapan á su aya ó al dómine austero, van girando en torno del peñasco, siempre opuestas al coche, y al pasar éste, salen en tropel, se extienden, se abrazan, corren tras él como en una burla vengativa.

Ahora el sendero orilla el mar. La pequeña playa se ve desde arriba como una confusa mancha; en ella duerme una barca negra; está tumbada en la arena húmeda, en la arena que es polvo de nácar y piedrecitas de color y caracolitos microscópicos que á la luz del sol brillan como un tesoro ó como un milagro. Es una barca negra; en la hora de los misterios deben lanzarla al agua seres ocultos; acaso es la barca trágica que en las leyendas lleva á los hombres á países de infortunio sobre un océano inmóvil, de aguas oscuras que tienen reflejos de acero; acaso es la que, invisible, sentimos pasar algún día desde la orilla del mar sin barcos, con un pausado y triste chapoteo de remos, y al mirar sola la planicie, hemos culpado de la ilusión al glob-glob de las aguas en las peñas cóncavas.

Confusamente se ven las tapias calcadas del cementerio aldeano. Hay cuatro cipreses guardadores de aquella quietud. ¿Son árboles de tristeza? Son árboles de piedad. Sus copas se elevan al cielo como preces; fingen ser las manos enlutadas de cuatro gigantes que impetrasen una alta misericordia, rezando en los cuatro ángulos del recinto.

Más allá crecen las acacias; sus troncos torcidos soportan el esqueleto de las ramas caídas; simulan cuerpos desmayados que alguna mano poderosa sostuviese por la estrecha cintura. Ellas fueron la alegría del invierno: desde el camino se veían sus copas

floridas, cubiertas de oro, y el suelo sembrado de oro, y su aroma elegante llevaba á la memoria de la burguesita que moría en el caserón rústico el recuerdo de fiestas mundanas, de risas, de galanteos, de antifaces. Cuando en el bosque de álamos lució la nieve y la plata de las primeras hojas, fueron cayendo las florecillas blondas, y fueron muriéndose y en el suelo quedó por algún tiempo una alfombra ocre y perfumada.

El pazo era entre la sombra una sombra más negra aún; en la noche acrecentábase su aspecto romántico. Al sonar próximo en el camino el ruido de cascabeles, abrióse la puerta de hierro del jardín. La ruedecilla metálica chirrió al correr por su encaje. Martín quitóse el ancho sombrero de hortelano, y, al pasar el carruaje, dió un «Buenas noches» con voz enronquecida por el sueño.

En lo alto de la escalinata envuelta en sombras, aguardaba el grupo de las senectas hermanas. De entre ellas salió la voz algo velada de María Carlota, con el tono misterioso con que se habla de los muertos:

—¿La enterraron ya?

Y Esteban contestó:

—La enterraron. Victoria queda consolando á la madre. Mañana vendrá.

Y en silencio llegaron al comedor. Esteban narró lo ocurrido, vibrando aún bajo las imágenes de muerte y el frío contacto con lo ignoto.

Ana Dolores murió al mediar la noche. El

quedó velándola solo, algún tiempo. Aún veía el rincón algo obscuro donde lucía la blancura de la cama, y en la cama el rostro delgado de la joven y la curva que en las sábanas marcaban sus pechos inmóviles y toda aquella virginidad estéril que iba á desleirse en la muerte. La vieja aya entró en puntillas á rezar su rosario de cuentas de azabache. Encendiéronse los cirios de fuerte aroma, y ellos dotaron de un color amarillo la faz de la virgen, que tenía aún su gesto curioso de mujer intacta. Poco á poco, en silencio, fueron entrando los criados y rezaban todos con una triste unción. Desde la alcoba sentíanse los aldabonazos de los viejos caseros que iban llegando apesadumbrados, con una mueca igual en la cara, y los ladridos con que los anunciaba el perro sujeto en el pajar.

Al entrar en la ancha cocina, sentábanse en los bancos de pino, quitándose los amplios sombreros. Habíaseles llamado para distintos menesteres que requería la desgracia.

Iban diciendo al sentarse:

—¿Murió la señorita?

—¡Era una santa!

Y el más viejo narró la muerte del último señor del pazo, derribado por un jabalí en una correría de caza. Contó el peregrinar incesante de señores que llegaban en sus caballos inquietos, y aquella procesión inacabable en que los siervos humildes figuraban

con cirios llorosos, descubiertos los cráneos, doblados por el estigma y por la pena.

Esteban vió el amanecer de aquel día. Por las ventanas fué entrando la luz verdosa del crepúsculo. La bruma, presa en los pinares, iba desgarrándose, subiendo por la montaña como el humo de un incendio invisible. Fué apareciendo el campo igual, quieto, con su inmutabilidad indiferente, y á lo lejos, el frío de las aguas plomizas de la ría en calma. Por último sobresalió el monte imponente, con su aspecto de lomo de monstruo enfermo y anciano, con erupciones de rocas y manchas de musgos, que semejaban cicatrices y llagas abiertas en la parda piel que en primavera era una alfombra de oro, por milagro de los tojos florecientes. Resurgió, en fin, todo el cansado prodigio del campo, que se renovaba por partos sucesivos de la tierra, siempre igual, como esas viejas abuelas enamoradas eternamente de sus bellos vestidos de talle griego y de las cintas de seda de sus sombreros, acariciadoras de los mentones y de las gargantas de nieve.

La visión de la muerte pasó por la estancia con quedas pisadas imperceptibles, y rozó todos los ánimos. El campo negro, negro, pareció recogerla y guardarla en su sopor inmutable. Hubo un silencio. Las hermanas habían movido la cabeza amargamente. Los ojos húmedos parecían mirar para dentro, y la materia acongojábase ante el re-

cuerto de su destrucción inevitable. Suspiró María Carlota:

—¡Qué tristeza!

Y Esteban la miró con un largo mirar meditativo. Entró en su alma por los ventanales de aquellos ojos apenados. Creyó encontrar ordenada aún la última imaginación de la virgen. Supuso que ella se había figurado en el lecho blanco, dibujando su bulto entre las sábanas, yerta, entre cirios, y todo el calor de su cuerpo adorable é ignoto, perdido, y todas sus ansias secretas de mujer llorando, invisibles, junto al lecho, el sacrificio estéril, y el alma volando torpe con el peso de los ensueños, que eran todas las buenas obras y todas las malas obras de su vida contemplativa. Esteban se acordó de las palabras de María Carlota, dichas en la tarde incendiada: «Son veinte años que no han conocido la vida...» ¡Qué tristeza, qué tristeza, María Carlota!

Y Esteban volvió á sentir, imperiosa, sobre todas las compasiones de su alma sensible, una íntima pena hacia las mujeres que no han oído al amor cantar junto á ellas sus epitalamios y sus elegías; hacia las pobres mujeres que dejan á sus coronas de vírgenes llegar á ceñir cabellos canos. Alguna vez había soñado en dejar crecer su melena y perfumarla, y vestir la túnica de los apóstoles, é ir en dulce peregrinar por el mundo, predicando la religión del amor humano, el perdón para los bellos pecados del deseo, y que

todos los labios fuesen ardientes, y que en todos los labios hubiese un beso, y que todos los besos llevasen una revelación de fuego.

¡Pobres mujeres bellas que no tienen en sus lechos aromados más que las figuras impalpables de sus ensueños! Yo tengo amor para cada una de vosotras; yo quisiera que mi vida fuese siempre joven y fuese duradera, para poder ir abrazando vuestros cuerpos desconocidos, uno á uno, hoy y mañana, como en un voto ferviente!

*
**

En el ambiente de la sala había perfumes de mujer; había una difusión misteriosa cercándolo todo, como si invadiese el recinto un humo negral. Junto á una vidriera alta, de polieromía sugerente, María Carlota tocaba el armonium. Las tres hermanas solteras formaban un grupo negro en un ángulo. Sobre sus vestidos, las manos blancas cruzadas fingían orar; sus rostros duros, consumidos por el ascetismo, tenían en aquel instante una expresión de recogimiento.

Por la sala pululaban las figuras de la melodía: eran figuras graves; el ensueño musical hacía pasar procesiones de frailes martirizados, empalidecidos por la sombra de los muros conventuales, flacos por el ayuno, descalzos. Parecía salir olor de incienso de algunos pebeteros escondidos. En la pared, la figura de un Cristo que pendía en un cua-

dro viejo, sobre el armonium, había adquirido relieve.

Victoria, junto á la ventana en que se apoyaba Esteban, estaba atenta á la música. Hinchó, súbito, su negro hábito de profesora, un suspiro mundano, temeroso. Esteban se inclinó hacia ella:

—¿Padeces, Victoria?

No contestó. De estar solo, le hubiese hecho él levantar la frente para ver la lágrima adivinada. Antojósele que en la pobre alma femenil se había levantado el cortejo de penas que la seguían como viejos servidores entulados. La música le habría contado alguna historia triste.

—¿Qué te dijo el armonium, Victoria?... Yo lo sé. Te contó cómo murió una ilusión; te contó cómo una esperanza azul que aleteaba cerca del sol, se quedó ciega, y fué bajando, bajando, sintiendo vibrar en torno los átomos del éter y subir perfumes de los jardines y tintineos de las fuentes...

Protestó con una sonrisa moribunda:

—Eres un romántico, primo mío.

El deslizó su silla sin ruido sobre la alfombra, más cerca aún de la butaca de la joven. Al sentir ella su aliento próximo, pasó una sacudida rápida por la nieve de su cuerpo.

—¿Te cuento cómo volvió á ver luz esa esperanza; cómo vivió entre flores y entre pájaros una vida que fué una llama encendida ante un bello altar?...

—No, primo; ese relato será un hermoso

capítulo de tus novelas pecadoras, una prueba de tu ingenio para las pobres mujeres que te aman...

Pareció que en su cerebro, algo que acabase de ser vencido, cayese, destronado. Alzó un poco la frente límpida, sombreada por las tocas.

—Haz oraciones.

—Te hice muchas. Ya he desconfiado de su eficacia.

—¡Hereje!

—¿Tengo la culpa de que todas las aras de mi alma estén ocupadas con sacrificios á tu imagen?... Tú no querrás, pero tú eres mía, tú pasas al través de mis ideas, al través de mi vida toda; te siento en mí, y me estremezco, ubérrimo de ti. Te guardan mal las puertas de tu convento triste. ¿Nunca me has sentido en tu celda, no adivinaste á mi alma presente en medio de una oración?

—¡Calla!

Se levantó, huyendo á la imagen despertada en su ánimo. Asomáronse. En un erial, las aguas estancadas formaban un espejo acerado, trágico en la mudez de las cosas. Caía una llovizna persistente, que había encharcado las heredades todas. Pasaba un carro, lento, lleno de algas verdosas y negruzcas, cogidas en las pequeñas playas de la ría. Subió un intenso olor de mar. Sobre la carretera iba quedando un rastro de algas; las lavaba la lluvia y brillaban como esmeraldas enormes. El carretero chapotea-

ba, guiando el andar perezoso del ganado. Por la lejanía del camino desierto venía huyendo un perro flaco y sucio, con el pelo alisado por la lluvia.

Dentro, junto al armonium, se encendió una luz. Las tres hermanas solteronas se santiguaron con un mismo ademán rígido. Una criada entró con una bandeja humeante.

—Este es otoño, que invade todo el campo—habló Victoria—. ¡Qué recuerdos me trae! Constantemente, un velo de agua cayendo, mansa, mansa. La casa se entenebrece. Desde los miradores no llegaba á verse el mar. Cuando arreciaba el frío nos prohibían abrir las ventanas, y al través de los vidrios surcados por las gotas de lluvia, apenas conseguíamos ver la mancha verde, informe y borrosa del campo. A veces, escapada, permanecía en el bosquecillo de castaños que tenían los frutos en sazón. En las hojas goteaba con ruido la lluvia. Estaba quietecita, como quien saborea un raro placer. Solía llegar á casa con los pies mojados y el cabello brillante y liso, saturado de agua. Y llovía días y días, y dentro nos acechaba un tedio pegajoso y fúnebre. ¡Ah, mis pobres recuerdos!...

Miró á la lejanía del camino con un mirar absorto.

—Tengo miedo á esos perros errabundos que andan de noche por las calles sin hacer ruido y siguen á las personas mirando con

ojos de fuego—dijo Victoria con cierta congoja en el habla—. Les temo tanto como á las mariposas negras.

—Las mariposas negras son los pensamientos de los que padecen por uno, Victoria.

—En mi celda entran muchas; vienen del huerto llamadas por la luz. En el huerto hay muchas mariposas negras.

Se estremeció. Parecióle á Esteban que el cuerpo de su prima se acercaba al suyo en petición de ánimos. Vió de cerca su cara pálida, sus ojos luminosos y tristes como dos lucecitas lejanas y místicas.

Sintió una lanzada de fuego, atravesándolo; así como una locura danzar en su cerebro; el ansia de asimilar aquel cuerpo débil y hacer arder en su hoguera toda aquella melancolía nostálgica. Mordió estas palabras con voz baja y temblona:

—Estaré junto á tu cuarto, Victoria. Esta noche no te espantarán en él las mariposas negras.

Se volvió airada:

—¡Esteban!

Los labios del joven encendieron el rostro de la virgen y agitaron todo su cuerpo en un temblor. Se rompió la melodía en el órgano al sonar el beo. Las tres ancianas, de pie, severas, extendieron sus manos pálidas con un trágico gesto de reinas ofendidas.

III

—Hoy no podrás salir, Esteban.

María Carlota miraba el paisaje entristecido por la lluvia continua. Parecía entrar un soplo frío en el amplio salón donde se concentraban las sombras grises disueltas en el día. Llegaba un canto aldeano, monótono como la misma lluvia, hasta la sala en silencio. Las tierras, saturadas de agua, estaban solas; las ramas, quietas en los árboles.

—¡Qué fastidio!

María Carlota abandonó la ventana y fué á sentarse en la butaquita colocada cerca de ella. En un rincón próximo á la chimenea apagada, lucía el ascua del cigarrillo de Esteban.

—¿Has decidido tu marcha?

—Sí; me voy dentro de tres días.

—¿Dentro de tres días?

—Sí.

La voz de Esteban era perezosa y fría; sin duda estaba pensando en cosas lejanas. En el ambiente del salón pareció crecer la destemplanza otoñal. María Carlota dijo, desolada:

—¿Qué he de hacer yo ahora, Dios mío!

Quedó con los ojos fijos, abstraída. Pasó ante ella la visión conocida del vivir monótono, en el caserón frío, aislada junto al padre egoísta y misántropo, sujeta á la contemplación de la inalterable paz aldeana. Repasó el espectáculo: ahora clarearían las copas de

los álamos y se vería un trozo mayor del mar siempre quieto entre las dos montañas; después quedarían los esqueletos desnudos de los árboles podados; la hierba se alzaría en los prados, sobre el terreno húmedo. Habría en todos los detalles del paisaje una resignada tristeza. Al pie de los castaños del parque crecerían las setas repugnantes, blandas, fofas. En el caserón, el viento batiría una puerta ó se oiría en alguna estancia el misterioso tac-tac de una gotera oculta. Lejos, viviría su primo la vida intensa para la que siempre tenía una alabanza. El había endulzado su vivir los meses del verano. Se acordaba de los largos paseos, de las filosofías extravagantes de Esteban, de aquella ráfaga de mundanidad con que él sabía orear las almas cansadas en una existencia igual. Lo encontraba casi necesario en el caserón. Se repetía alguna frase de él que le había chocado, algún concepto audaz, algún bello sofisma de aquel que la había impelido hacia una nueva forma de vivir, que era antes un presentimiento de la carne y ahora una nostalgia punzante.

Sin volver la cabeza, en su actitud indolente, cruzadas las manos sobre el regazo tibio, preguntó:

—¿Qué piensas hacer ahora?

Se hizo esperar un poco la respuesta. Al fin llegó, en el mismo tono perezoso:

—No sé... Viajar.

—Pasó un instante en silencio. Seguía can-

tando fuera la voz monótona. Arreció el turbió: se acrecentó el rumor de lluvia en los cristales de toda la casa. Las esferitas casi incoloras de granizo danzaron sobre el ancho alféizar, detrás de los vidrios; el paisaje se rayó con rayas más enérgicas. Habló á media voz Carlota—asombrada—, como consigo misma:

—¡Parece el invierno!

Miró bailar los granizos que tropezaban en la ventana. Por un segundo, tuvo el deseo de levantarse y juntar sus manos fuera de los vidrios, como cuando niña, para recoger las congeladas gotitas. Sintió un escalofrío, como si ya hubiese abierto la ventana. Volvió á meditar. Querría que su primo le contase algún proyecto suyo, que le hablase de su futura vida en aquella forma, que siempre merecía de ella un fingido además de enojo.

Se imaginó á Esteban medio tendido en el sofá, arrancando bocanadas al cigarrillo, que entonces despedía una luz más brillante. En aquel salón medio obscuro, silencioso, María Carlota advertía el ambiente de las confesiones interesantes. Se sublevó contra el obstinado callar de su primo. Buscó un pretexto algún tiempo.

—¿Duermes, Esteban?

—No.

—Antes de que marches, te daré un encargo para la ciudad. Me recomendarás una modista.

Y añadió después de un silencio, con tono dolorido y de tedio:

—O si no... ¿Para qué?... ¡Si fuese antes, cuando vivía Ana Dolores!...

—Como quieras.

El recuerdo de la virgen muerta se alzó vigoroso en la memoria de la joven. Tuvo un sentimiento de miedo. En el salón iban entrando sombras gradualmente.

—Cuando te marches me voy á aburrir mucho, Esteban.

El joven no contestó. Irritada por el silencio, se volvió violentamente en la butaquita, soliviándose para indagar en las sombras.

—¿Qué haces, Esteban?

—Sueño. Ya había salido del pazo, ya había llegado á la estación. Me estaba preparando una aventura. ¡Se está tan bien en este rinconcito, María Carlota!... Oigo el rumor de la lluvia, que es un arrullo continuo; te siento á ti cerca; hasta percibo el aroma de tus perfumes. Déjame seguir soñando ó haré que te incomodes contra mí.

—Eres poco galante, primo. Si sigues con tu pereza, corro al piano y te estropeo el ensueño con un galop.

—Prima, te amenazo con hacerte la protagonista de la aventura que voy á imaginarme.

En la obscuridad sonrió la joven con risa maliciosa.

—Tendría gracia saber lo que podrías pensar.

—Lo pensaría sin decírtelo.

—Otras veces debieras haber hecho eso mismo.

—Las veces que no lo hice fueron las menos.

—¡Pobre de mí!

Crujieron en el fondo los muelles del sofá al incorporarse algo Esteban para mirar á la joven.

—Prima, desde aquí veo tu silueta sobre la ventana. Tienes un hermoso perfil.

—Gracias, primo.

—Renunciaría á todo mi ensueño por una pequeñísima realidad.

Y ella, con un acento de provocativa ironía, mordiendo la risa en los labios:

—Advierte que no traigo conmigo ningún escapulario.

El se detuvo un instante, confuso, ante aquel recuerdo del pretexto dado cuando, en un segundo de ansia, besó á Victoria en una ventana del salón. Se levantó, atraído por la alegre audacia de la joven.

—Te besaré á ti, como si toda tú fueses una reliquia.

María Carlota echó atrás su cuerpo en la butaca, extendiendo los brazos al avanzar su primo. Reía ya su broma francamente, algo nerviosa.

—¡No te acerques, no te acerques!... Perdón, Esteban.

Ya cerca, vió él lucir los dos ojos agrandados en la penumbra, y el busto tentador,

que parecía ofrecerse, en la actitud defensiva de Carlota.

—No te perdono.

Le cogió las manos, sujetándola. Ella escondió la cabeza, riendo sofocadamente. Forzearon un poco:

—¡Déjame!... Llamo.

—¡Ha de ser en los labios... en los labios!...

Su voz apagada, con un timbre ronco, se cortaba en las sílabas para besar. Besaba locamente, para encontrar los labios jugosos, perseguidos en balde.

—¡Que vienen, Esteban!

Se puso en pie rápidamente; él la soltó. Agilísima, huyó en el momento, riendo la estrafagema empleada para libertarse.

*
**

Estaban tristes en torno de la mesa, sobre la que caía la luz discreta de la lámpara; don Pedro tenía el aire habitual de preocupación que adoptaba en los actos de la vida en familia. Servido el primer plato, había hecho traer unas viejas botellas de buen vino.

—Beberemos esto, para despedirnos, Esteban.

Y bebieron; pero el comedor siguió en el silencio ordinario. Don Pedro aun advirtió:

—Tienes que marcharte muy temprano. Con las primeras luces, en pie, si quieres llegar á la estación á tiempo. Has de andar cuatro leguas por mal camino.

Y añadió:

—Tendrás dispuesto el caballo; pero, si quieres, puedes tomar la diligencia en Cende.

—Gracias, tío.

—Y nos despediremos ya esta noche. Supongo que me dispensarás de levantarme...

—¡Por Dios, tío!...

—No sé madrugar.

Volieron á enmudecer. María Carlota miró á Esteban, como para decir algo; después bajó los ojos, indecisa.

Por el corredor obscuro llegaron gritos y voces doloridas. Los tres comensales se miraron. Pasó un silencio breve. El hidalgo, un poco inquieto, acercóse á la puerta.

—Sabina, ¿qué pasó?

La voz de la vieja aya continuaba llegando hasta ellos, sollozante y rabiosa:

—¡Ladrones, ladrones, perros!

Y una moza gritó desde el vestíbulo:

—¡Una desgracia, señor, una desgracia!

Don Pedro desapareció en el hueco negro de la puerta; tras él salieron los jóvenes, curiosos.

En la cocina amplia, cerca del hogar, sollozaba la vieja, sentada en un pequeño banco. Cerca, un grupo de mozas cesó en sus cuchicheos al acercarse los señores. En un rincón obscuro lloraba, silenciosa, la hija de Sabina.

La voz de don Pedro volvió á alzarse:

—¿Qué ha ocurrido? Acércate tú.

Vaciló la rapaza; se aproximó al fin un

poco: tenía desgredado el cabello, hinchados los ojos; por una de sus mejillas resbalaba—de una pequeña herida—una gota de sangre; toda su carne opulenta y apetecible temblaba bajo la ropa estrecha.

—¿Qué ha pasado?

La vieja rompió á hablar á gritos. La rapaza había vuelto de la casa del cura, su amo, á pasar la noche junto á su madre. En el hospicio pinar tres mozos, ebrios, la habían requerido de amor. Con su cuerpo intacto hicieron un sacrificio á la perversión en el misterio de la noche negra que los guardaba en sí y los protegía y miraba con la persistencia de un viejo libidinoso gastado para el placer.

—¡Ladrones, perros!

La vieja lloraba, inconsolable.

—¡Te echará de su casa el señor cura. Debieras de haberte muerto en el pinar; mañana marcharás á servir á la villa!... ¡Mala hija!... ¡Perros!

Don Pedro, cejijunto, no interrumpió el relato incoherente. Miró á la joven con sus ojos brilladores, de sátiro. Dijo al fin:

—No irás á la villa. Es tu hija, Sabina, y quedará en el pazo.

La muchacha no se atrevió á mirarle ni á hablar. Tenía en sus carnes el estremecimiento trágico de lo ocurrido. Don Pedro se acercó pausadamente á Sabina. María Carlota y Esteban regresaron al comedor. Sentáronse. La virgen triste jugaba distraída con las migajas esparcidas sobre el mantel: me-

ditaba. Esteban la creyó evocando la visión del pinar medroso, de la aldeanita estremecida, de los tres mocetones fornidos, musculosos, quemándola con sus alientos de ansia salvaje. Se imaginó á María Carlota pasar con la desolación de Ofelia, por el jardín sin flores de sus cariños ignorados, de sus deseos muertos en el frío de su alcoba sin recuerdos. Ella condenábase á languidecer como una lámpara votiva colgada ante una imagen santa, en un templo sin fieles. ¿A quién aprovecharía su luz?

Sintió subir una oleada de ternura. Advirtió ella el peso de la mirada insistente y alzó la cabeza, suspirando.

—Y ahora, por esos mundos, Esteban.

—Por esos mundos.

—Quiera Dios que encuentres la suerte que busques.

—¡Son tantos los caminos que piso, que quién sabe si alguna vez habré pasado junto a ella!

—Eso lo anuncia siempre el alma.

—Acaso sí.

Pausa.

—Algunas veces te acordarás de nosotros, Esteban.

—Me acordaré de ti; pensaré en la virgen-cita hermosa. Tendrás en mi recuerdo la poesía de una princesa que padeciese cautiverio. ¿Qué dulce luz pondrá la tristeza en sus ojos?, preguntaré. Recordaréme de que llevas dentro el cascabel de tu alegría ansiosa,

que no puede sonar en este ambiente, como si lo hubiesen anegado en agua.

Ella escuchaba, pensativa. Volvió á tener la visión de la virgen muerta sin saludar la vida, en la quietud de un caserón guardado en la noche aldeana.

Luego surgió el recuerdo vivísimo de la campesina, del pinar. Tuvo en los labios un imperceptible temblor.

Esteban bebía el vino mareante que lucía en las copas su color de oro. Después se acercó á la joven.

—¿Cómo quieres que nos digamos al despedirnos?

Y ella, entristecida:

—Acaso adiós.

Esteban sintió una pena honda. Le invadió el alma toda su ternura; el cariño borroso á aquella mujer, única compañera de tres meses de soledad, se agigantó en él. Su voz se hizo grave.

—Adiós, no, Carlota. Yo viviré en ti. Yo he sido en tu vida como la llama que prende fuego en los montones de madera dispuestos á arder, y no me borraré jamás en tu memoria. Lo sé bien. La voz de tu alma se parecerá á la mía, y creerás que soy yo quien te habla cuando te hable ella. Te diré ahora «Te quiero», y recordarás siempre esta voz... ¿No te parece tu vida una larga espera?

Ella tenía en los ojos dulces el brillo de una lágrima.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

—Sí; espero, Esteban. Creo que ahora pasaré la vida esperando siempre.

—¡Triste vida!... Te cansarán tus propios ensueños. La alegría se asusta de la paz, y acaso no viniese nunca á llamarte. Irás viendo morir tu juventud á solas con ella. Cuando seas vieja, dirás: «Mi cuerpo nunca fué acariciado por manos ajenas y mis labios siempre estuvieron secos; he dejado ir apagando la llama sin que nadie se templase á su calor: regalé toda la vida á una indecisión». Y te arrepentirás; y entonces habrás de sentir todo el vacío de tus años, y si volviesses á ser joven, serías una gran pecadora, Carlota.

Se acercó más. Tenía en las venas el fuego de todo su cariño, de toda su loca sed de amar, excitada por el vino dorado. Rodeó el talle de la virgen. Ella callaba, con un nudo en la garganta, con un ansia angustiosa de romper en sollozos.

—Mira el campo: está negro. Sus esclavos duermen sin soñar. Todo tiene la mortaja de la paz, la tristeza de lo que es igual siempre. ¿No la adviertes en el alma, María Carlota?

Lo envolvía el perfume de la joven; temblaba su mano sobre el talle tibio. Aproximó más su cara; lentamente, sediento, besó á la virgen con un beso largo, suave. Ella se dejó besar, pálida, cerrados los ojos grandes, desmayada la cabeza sobre el respaldo de la silla. Esteban le dijo con voz cariñosa

de secreto, juntando sus labios á la orejita sonrosada:

—Di que me quieres mucho.

Siguió quieta, sin hablar. La luz doraba la piel blanquísima del cuello que se exhibía en el escorzo. ¡Cómo querría Esteban escrutar á través de los párpados cubiertos de una sombra violácea; pasar más allá de las pupilas tristes, más allá de la máscara; buscar el último plieguecillo del ánimo, registrar allí: anegarse en la dulzura voluptuosa de aquella lucha! ¡Virgencita, virgencita que tienes el alma violada, que tienes un sátiro incorpóreo amigo y te visita en tus sueños y en tus vigiliass: sobre el tentador pesaba la maldición del Judío Errante, que le mandaba andar y andar sin pararse en ningún cariño, y él entonces se olvidó de todo y quiso albergarse en tu alma y deseó que en su redor velasen siempre tus recuerdos, vigilantes y arrodillados como en torno de una tumba ó de un altar!

Se hizo más misteriosa aún la voz de Esteban; suplicó:

—Ven conmigo... ¿Vienes?

Esperó la respuesta ansioso. Luego dijo:

—No dejes cortar el poema, María Carlota. Tarde ó temprano huirás de aquí; te empujarán tus deseos, porque tú tienes el maleficio de otro ambiente. Acaso entonces sea tarde y no haya en tu senda el florecimiento del amor. Ven. Llenaré tu vivir con alegría y con recuerdos. Esta noche marchamos...

Y, con un susurro, tocando sus labios la mejilla ardorosa, añadió:

—¿Quieres?

—Sí.

Pronunció ella la palabra breve con un temblor. Continuaba palidísima, inmóvil. Parecía que dentro de ella se hubiese roto algo, y que las ideas danzasen una danza loca, como las esferitas de granizo sobre el alféizar en la tarde autumnal. No osaba abrir los ojos; antojábasele que la voz de Esteban sonaba en su interior y que otra voz enérgica la apoyaba sobre el montón de pensamientos inquietos: «¡Marcharás, marcharás!»

El amador experto salió de la estancia. Ella no lo miró salir, pero sintió su mirada de fuego quemarla aún desde la puerta.

¿Resurgía? Preguntábaselo con un estremecimiento de fiebre. Sí, resurgía. Llevaba dentro la sensación de un vacío, como si hubiesen caído de su alma viejas ideas, crecidas como la hiedra en las negras paredes abandonadas. Ella sintió la huída tumultuosa como una bandada de murciélagos en un templo antiguo donde se hubiese encendido una luz.

En el vestíbulo sonó un taconeo disimulado. Pensó en la mujer pálida, aquella de corta melena y blandas carnes que guardaban la sensación de tantas caricias pecadoras. La última indecisión murió en el último rincón de su alma. Ella guardaba en la sangre aquel calor que había hecho de la vida de su

padre una larga serie de aventuras que fueron el sepulcro de una riqueza. Muchas noches, en el frío de su alcoba de virgen, había pasado largas horas despierta, en una vigilia poblada de fantasmas de fuego, después de oír el paso misterioso de la Magdalena; y el recuerdo dolorido y vago de su madre se esfumaba siempre, vencido por los espectros de sus imaginaciones. Y ella se entregaba, rendida, en aquella obscuridad medrosa, y sentía cómo los fantasmas ígneos paseaban sus manos, incansables y ansiosas, por todas las reconditeces de su cuerpo temblador. ¡Pobre virgen sola, que veía morir su juventud estéril!

Se levantó. En la ventana lucía el reflejo extraño de la luz; pegó su frente á los vidrios para escrutar en la noche. La vió negra, amedrentante. Pasaban á veces ráfagas que hacían doblar las ramas y alborotaban las hojas con un ruido de lluvia. No se veían las casitas morenas ni las figuras polícromas de los sembrados. El manto de sombra lo abrazaba todo, impenetrable. Pensó en la aldeanita llorosa. En la noche oscura, ¿le sería revelado á ella el secreto de fuego de la vida?... Tuvo un escalofrío de miedo. ¡Vivir, vivir! Toda su alma y todo su cuerpo intacto se abriría á la vida ansiosamente. ¡Vivir!

Llamó una mariposita en la ventana, torpemente, atraída por la luz. María Carlota tuvo el pensamiento de abrir, de dejar entrar á aquel pequeño ser alado que huía de

la sombra, del silencio de paz. Moriría en la lámpara; la lengüecita roja haría brillar un momento las alas débiles, devoraría después el cuerpo suave.

Tuvo una dulce emoción en el alma. Entreabrió la ventana:

—¡Entrad, maripositas de alas doradas; entrad, maripositas; moriréis, pero en el fuego, que es luz, que es vida!



TRAGEDIA RIDÍCULA